

Ethel Krauze: *Infinita*  
Narrador macho: sensibilidad femenina

De entre las narradoras mexicanas he sentido particular atracción hacia Ethel Krauze, tal vez porque siento —como todo lector que busca a sus semejantes— que de alguna manera se me parece. Hay en ella agresividad, sentido del humor, ternura que no teme lo cursi, erotismo sin barreras y sin excesos, temeridad y sentido del riesgo. Aparte de ello es una buena fabuladora de la realidad, cuenta historias interesantes aunque, hay que decirlo, está lejos de ser una estilista. Ethel gana sus lectores a golpes, a bofetadas, no con sutilezas, pero en ocasiones las tiene. Su prosa es poco delicada, sin embargo sabe captar momentos y sensaciones intensos, significativos, cruciales. Tales virtudes las veo acrisoladas en *Infinita*, su novela recientemente publicada por Joaquín Mortiz.<sup>1</sup> Esta es una obra seria, de madurez, grandota (450 páginas), en la que se cuentan relaciones amorosas, eróticas y sociales, entre personajes interesantes: Delfina, profesora universitaria —pequeñita, hermosa, medio bizca, de cabellera castaña que cae en cascada— y su esposo, Agustín, un violinista virtuoso y viajero; Leonora, una cuarentona con inclinaciones homosexuales, adicta al psicoanálisis y a las depresiones, con alma de doctora Corazón. Tal es el triángulo en el que luego entran otros personajes. El personaje más desarrollado es, sin duda, Delfina, Fina, Finita, Infinita, una mujer que disfruta de su feminidad, de su actividad intelectual y de las debilidades de su

inconsciente. La relación entre Finita y Leonora es tormentosa, como lo es la de Delfina con su esposo. Hay lágrimas en abundancia, recriminaciones, separaciones, reconciliaciones, deseos reprimidos y liberados. La feminidad de Delfina, que no se atreve a dar salida a la parte masculina, lucha por conservarse incólume y tal lucha es la que sostiene la tensión de la novela.

Hay escenas espléndidas de encuentros y desencuentros entre Delfina y su madre, Delfina y Agustín, Delfina y Leonora. Las comidas y bebetas trimalcionescas en restaurantes, night clubs y discotecas abundan, y el otro México —el que viaja en huaraches— aparece apenas reflejado en las taquizas, en las gorditas y el tequila, con los que se hartan las hembras para consolarse de los desmanes sentimentales de sus amados o amadas.

*Infinita* es una novela diferente a las que escriben la mayoría de las otras escritoras mexicanas. No tiene esos ambientes guangos, muy hijos de Katherine Mansfield y Virginia Woolf rebajadas, o García Márquez y Rulfo al vapor. Se acerca más a lo de la buena Brönte, aunque la prosa de Ethel sea más ordinaria y sus imágenes flojas, adocenadas. Pero *grosso modo*, la novela se lee con pasión y deleite, se disfruta y uno llega a querer a los personajes, a sentir con ellos.

No falta el mundo exterior en esta novela: Varsovia, Leningrado, París, aparecen vistos por Delfina, que acompaña a su marido en sus giras de conciertos y en busca del fantasma de un primer amor. Siendo Ethel una escritora tan masculina —en el sentido menos sutil del término: agresiva,

<sup>1</sup> Ethel Krauze. *Infinita*, Novelistas Contemporáneos, Joaquín Mortiz, México, 1992, 455 p.

entradora— nos presenta a una protagonista arquetípicamente enamorada de su hombre: depende de él, por él sufre y respira, le basta tocar su camisa para estremecerse. No reivindica, pues, el papel dominante de la mujer que buscan algunas feministas, sino que regresa a la pasividad, a la aceptación de que tiene un papel secundario: su vida está al servicio del amor, del genio, del sabio. Y aunque no reivindique a la mujer como entidad independiente, sino como parte de una unidad mayor, sí reivindica la otra parte de la sexualidad, que ha sido tradicionalmente reprimida: el amor a los del propio sexo, que tanto estudió, vivió y sin embargo repudió Proust.

*Infinita* no es una novela sobre la homosexualidad femenina, sino sobre amor que busca su definición, su más amplio espectro, sin temores. También es la novela de la amistad entre mujeres y de sus límites. Y es la novela del encanto de la transgresión.

La obra está escrita en un estilo diríase cinematográfico: escenas rápidas, cortas, que hacen ágil la lectura. No hay espacio para regodeos lingüísticos. El estilo es la escena, la toma, el ángulo de la cámara, el punto de vista. Sería muy fácil transformar esta obra en una película con ingredientes de melodramas, que filmado por Almodóvar, tendría éxito inevitable.

Acaso la protagonista peque —paradójicamente— de gran debilidad: Delfina carece de personalidad: aparte de ser frágil y hermosa, poco tiene de infinita o misteriosa. O pensándolo bien: acaso sí sea infinita en el deseo de los que las persiguen, de la misma forma en que Albertina era infinita —en su corrupción— en la imaginación de Proust, pero endeble ante los lectores. Se repite, pues, el viejo argu-

mento de que el amor es un invento, una construcción imaginaria que se hace sobre un limitadísimo ser de carne y hueso. Delfina es importante en cuanto es reflejo de los deseos y aspiraciones de Agustín y de Leonora. Delfina es hedonista, el placer la pierde, los deleites del estómago la ponen al borde de la entrega y eso lo sabe Leonora, que la somete a un largo asedio con ginebra helada, champaña, cangrejo moro y mil exquisiteces, en ambiente de paz y relajamiento, acolitada por una pareja de *gays* femeninos —¿cómo llamarlas?— que están en trance de matrimonio.

La tensión de la obra se basa en la posibilidad de la transgresión. Como en las buenas telenovelas uno se pregunta: ¿Será capaz el violinista genial de traicionar a su mujercita abnegada? ¿Su mujer, por su parte, será capaz de entregarse al vicio de las que Proust llama «las gomorritas»? Y como en las reseñas de las novelas de intriga, lo mejor es dejar la respuesta en manos de los lectores, que se verán recompensados por una entretenida y larga narración si se acercan a esta obra de madurez que nos ofrece Ethel Krauze. El final de la obra se presenta en contrapunto: tanto Delfina como el violinista genial están al borde del pecado de infidelidad. ¿Lo consumarán? ¿Triunfará el bien o prevalecerá el mal? La vida no es otra cosa que una repetición del viejo pleito entre ángeles y demonios que hacen su aquelarre íntimo en cada ser humano. Entender esta elemental verdad puede ser un buen principio para entender la vida como novela y para vivirla con intriga de buen lector.

Marco Tulio Aguilera Garramuño